

California es un triunfo porque ha conseguido el autor el dominio de la técnica, la fuerza del diálogo, la emotividad, y porque sus personajes han sido estudiados hasta el fondo, a través de la vertebración teatral, sin alterar el proceso psicológico de cada uno. En California se ven individuos hechos de cuerpo y alma, como se ve también la vida de masas o grupos que pertenecen a cierta clase social, a aquella que agitada por la sed del oro hace de la vida una aventura, de hambre y vicios.

Jacinto Grau que prologa esta obra (editada por Zig-Zag, Stgo, 1938), dice que «posee suficiente fuerza el diálogo y el giro expresivo para darnos un fuerte retablo dramático, sabiamente construido, con una emoción diestramente dominada y expuesta en tres actos brillantes, donde no hay un solo recurso manido, un solo flato retórico, un solo fácil lugar común en el que recostarse, y donde el asunto y la emotividad de la comedia, tienen la plenitud de la emoción y la visión directa de todos los elementos constructivos, que revelan en el autor un verdadero artista». No habría palabras más certeras y consagratorias que éstas del gran dramaturgo Jacinto Grau. Santiago del Campo puede esperar con confianza el triunfo de su obra en el teatro, y la admiración de los que lean.—F. S.



<https://doi.org/10.29393/At167-111MRVE10111>

POR LOS VALORES ESPIRITUALES, por don *Enrique Molina*.—
Editorial Nascimento, 1938

En esta obra de don Enrique Molina podemos apreciar las actividades de su espíritu que vibra con todo lo que tiene relación con los problemas fundamentales que inquietan a la humanidad. Su cultura humanística y su agilidad mental, encuentran en este libro cabal expresión en la variedad de los temas que enfoca, vinculados todos ellos por su preocupación de valorizar justamente la vida del espíritu. Sus experiencias hu-

manas al contacto con las vibraciones de la realidad y su constante bucear en los libros, le dan a sus palabras un tono dignificante. Si le sabemos pensador que ha desentrañado los más hondos sistemas filosóficos contemporáneos y que ha remontado en el curso de la plenaria hasta sus fuentes más pristinas, le vemos ahora en la realidad circundante dilucidando problemas actuales que apasionan a los estudiosos, especialmente a la juventud. Aparece aquí el maestro sereno y comprensivo, que antes de expresar un juicio acerca de alguna doctrina la analiza y estudia profundamente. Ni condena con ánimo intransigente ni exalta con pasión de neófito. Su actitud es la del pensador que se coloca allí donde reside la verdad y la razón, justo medio difícil de alcanzar porque supone un desprejuiciamiento absoluto, casi un espíritu impermeable a las pasiones humanas que influyen en las opiniones. Y no es la suya una actitud fría, como aislada de calor vital; por el contrario, le vemos frecuentemente estremecido ante la verdad y la belleza en su expresión apolínea «Sólo en decir la verdad—escribe el señor Molina—, en colocarse del lado de la justicia y hacer obra de belleza debe poner el escritor la suerte de su destino». Nada más lejos del espíritu del señor Molina que la pasión atormentada que tortura a algunos escritores, a Unamuno, por ejemplo. Pero no se crea tampoco, que su postura es la del académico. Tiene para éstos, justas palabras desdeñosas: «Este es el defecto en que incurre el académico frío, que no se sonríe ni llora ni palpita, ante los dramas del mundo, y tiene cerrada su alma para lo que no se le represente revestido de las formas consagradas por los maestros de otros siglos».

Don Enrique Molina es un clásico tomada la palabra al aplicársela al hombre sereno, medido, que refrena el impulso desbordado propio del romántico. Por eso, acaso, su admiración cordial por Goethe, que encarna la serenidad y la armonía espiritual. Le dedica a él un estudio profundo, interesante y ameno. El ensayo que se captó nuestra preferencia.

«Del cultivo de las letras es un ensayo en que da consejos a un joven que se inicia en ellas. No podemos afirmar que en él revele verdades desconocidas; pero sí, que las trae oportunamente a colación a propósito de ciertas tendencias literarias surgidas a raíz de la Guerra Europea que hacían gala de atropellar las normas del buen gusto y hasta del sentido común. Don Enrique Molina se alza para decir que la belleza sólo puede transmitirse en una expresión inteligible, como emanación directa del espíritu sensible. Lo demás, no es arte. En tal sentido refuta la teoría de la Deshumanización del Arte de Ortega y Gasset.

Sin ánimo de glosar los diferentes ensayos que encontramos en este libro, debemos destacar su polémica con Leopoldo Lugones, a quien refuta brillantemente la tesis de que ha sonado para el mundo la hora de la espada. A pesar del tiempo transcurrido desde la fecha de este polémica, las palabras de don Enrique Molina no pierden su actualidad. Por el contrario, hoy más que nunca conviene difundirlas. Porque precisamente parece que ha sonado la hora de la espada en el mundo, o mejor dicho, en algunos países, cuya expresión son los regímenes totalitarios o de fuerza allí existentes. Don Enrique Molina defiende los fueros del espíritu encarnados en las democracias que, no obstante sus defectos, son hasta la fecha, los menos malos sistemas de Gobierno, porque ellas son resultado de la tolerancia, admiten el libre examen, se regulan por el derecho, herencia espiritual de las culturas clásicas, y de las cuales el señor Molina es un apasionado defensor.

Seríamos injustos si afirmásemos que las ideas del señor Molina son originales o ellas entrañan una profunda filosofía; pero tienen ellas para el hombre, en especial para el joven, un poder tonificante poderoso porque infunden optimismo, exaltan la verdad, la justicia, la belleza, la bondad y rinden culto a los héroes del espíritu.

En una expresión correcta sin academismo, en un tono corrial y elevado, purificado de todo sectarismo, don Enrique Mo-

lina mantiene con este libro su larga y noble misión de exaltar los verdaderos valores del espíritu.—MILTON ROSSEL.



GENTE EN LA ISLA, novela de Rubén Azócar.—Zig-Zag, Santiago de Chile, 1939

Rubén Azócar inició hace años sus actividades literarias publicando dos libros de versos que le acreditaron como poeta de mediana categoría. Irrumpe este prolongado silencio literario con una novela, «Gente en la Isla», en que encontramos sus cualidades artísticas en plena sazón. Así, el balbuciente poeta de ayer es hoy uno de los mejores narradores chilenos.

El arte es algo serio, que requiere conciencia, estudio, reflexión, disciplina intelectual, a fin de que su realización sea lograda y no fallida como acontece tan frecuentemente en los que se inician en forma prematura. El arte no es un mero juego imaginativo cuyo instrumento sean las palabras. Si la intuición es lo fundamental, es la expresión su forma tangible sin la cual el arte pierde su virtud comunicativa. Así lo ha comprendido Rubén Azócar; por eso su novela es exacta en la observación de los hechos humanos; nítidas las características de los personajes; sucintas las descripciones, sin aditamentos superfluos; límpido el lenguaje, sin vicios ni errores propios de la improvisación o de la ignorancia.

«Gente en la Isla» es una novela regional, pues ambiente y personajes son de un rincón de la isla de Chiloé, lugar típico de Chile, donde aun sobreviven costumbres rancias y expresiones de lenguaje arcaicas, ya que fué el último rincón de la Colonia que se incorporó a la República. Sus habitaciones tienen las características propias de los isleños y viven enclaustrados en su orgullo nativo. Hay en esta novela una justa ecuación entre la pintura del ambiente con su colorido típico y los personajes